DON JUAN DE LA TIERRA.



ROMANCE EN QUE SE DA CUENTA Y DECLARAN LOS hechos, arrestos y valentías de este héroe, natural de la villa de Illescas. Dase cuenta de la reñida pendencia que tuvo en defensa de su rey. Con todo lo demas que verá el curioso lector.

PRIMERA PARTE.

Corónense de laureles
todos los guapos de España,
al oir de un castellano
triunfos, victorias y palmas,
y los hombres mas valientes
humildes le rindan parias
á este héroe, á este tremendo,
segundo Marte en las armas.

Nació en la villa de Illescas
dando aumentos á la fama
el gran don Juan de la Tierra,
de esclarecida prosapia,
aunque un mediano caudal
á su padre le acompaña.
Diéronle estudios, y fue
un Séneca en la elegancia:

y en manejar el acero
escedia á otro Carranza:
aqui se cumple el refran,
hombre pobre todo es trazas.
Sabiendo estas facultades,
á rienda suelta se andaba,
riñendo algunas pendencias
en defensa de las damas.
Cumplidos los veinte años,
edad florida y gallarda
de sus juveniles dias
y madurez de su infancia,
en el golfo de sus gustos,
eterno consideraba
á su padre, mas frustróse
toda su vana esperanza;
se trasformaron sus gozos
con el anhelo y la carga
de su madre, y los cuidados
de su padre le quedaban.
Mas como la juventud
en nada pone eficacia,
arrestado dió la muerte
á un mancebo de su patria.
Ausentóse y fue á la Córte,
tomó de soldado plaza
en una bandera que
para Nápoles marchaba,
y con capa de soldado
vivia muy á sus anchas.
Salióse una oscura noche
á buscar á cierta maja,
y al pasar por una calle,
oyó que hablaba una dama,
porque el eco de la voz
femenina se mostraba.
Paróse é hizo el reparo
que á un caballero le hablaba
diciendo: póngase en fuga,
mire que si no le matan;
á cuyo tiempo llegaron
ocho hombres con espadas.
Juan de la Tierra que vió
aquella alevosa infamia,
al lado del caballero
se puso con arrogancia.
Portóse con tal vigor,
que los cuatro en la estacada
fueron á dar residencia
á las celestes moradas,
y los otros hacen fuga,
que como el viento volaban.
El caballero le dice:
¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?
Juan de la Tierra es mi nombre,
Illescas mi amada patria.
Asi le habla don Juan
á la Magestad cesárea
del rey don Felipe cuarto,
el que al proviso le manda
tomase algunos doblones,
y tambien la real alhaja
de un anillo de diamantes,
y que á palacio se vaya
luego que amanezca el dia,
que será la mejor paga,
que él era el mayordomo
del rey, y mire, le encarga,
que no se olvide de ir;
adios, porque viene el alba.
Don Juan colocó su anillo
en una bolsa, y lo guarda
con cuidado dentro el pecho:
(¡oh, lo que el discurso alcanza!)
En tanto que hubo dineros
tuvo muchos camaradas.
Llegó el dia de partida,
á Nápoles fue la marcha,
llegaron á la ciudad,
adonde el resto gastaba;

viendo no tenia un cuarto
y que el hambre le apretaba,
acordóse de su anillo.
A un platero se llegaba
á ver si comprar queria
aquella fina tumbaga.
El platero que la vió,
le responde estas palabras:
Señor príncipe, ¿qué es esto?
este anillo lo declara
que sois persona real;
su Alteza no niegue nada.
Don Juan reparóse y dijo:
Soy hijo del rey de España,
el grande Felipe cuarto;
por defender á una dama,
le dí la muerte sangrienta
á un hijo del duque de Alba,
y temiendo de mi padre
el castigo que me aguarda,
hasta verlo mas templado
es fuerza que ausencia haga.
De la Córte me salí
sin que nadie sepa nada,
y así, si tú determinas
el que se vea ensalzada
tu casa, haciéndote noble,
sobre esta real alhaja,
para mi adorno y decencia
dame monedas y galas;
que si te portas conmigo,
luego que me pase á España
prometo te ampararé,
juro por mi real palabra.
El platero le responde:
en esta ciudad se halla
un amigo mio, que
grande hacienda le acompaña;
á este dicho le hablaré
en lo que su Alteza manda.
Mucho puede el interés,
su imperio todo lo arrastra.
El maestro de platero,
se partió con vigilancia
á casa de su amigo;
cuenta de todo le daba,
como en su casa tenia
á un gran príncipe de España,
que era dueño de la prenda,
que dice su forma y traza.
Movido de la codicia,
le pusieron una casa
adornada con primor,
le remiten dos criadas,
dos criados, y carroza
compuesta y aderezada.
El les encarga el secreto,
y es porque así le importaba.
Se cruzaban los doblones,
los diamantes y las galas.
Sepamos que el mercader
tiene por hija una dama
hermosa á las maravillas,
que es de todos envidiada.
Llegó el dia de san Juan,
en que previno en su casa
diversidad de manjares
para la funcion que aguarda.
Fue á ver al príncipe, y dióle
las vísperas celebradas
de su santo, y le suplica
que pase á honrarle su casa
con su persona real,
que humilde se lo rogaba.
Amaneció el dia alegre,
poner la carroza manda,
y adornóse lo posible
desde el cabello á la planta.
Triunfante se paseó
hasta llegar á la casa

del mercader, y apeóse,
alegres lo saludaban.
El mercader á su hija
la ha encerrado en una sala:
obedecióle á su padre;
mucho puede la crianza,
pero mas puede el amor,
que son muy grandes sus trazas.
Pusieron en fin las mesas
con agradables viandas.
A este tiempo la doncella,
que se miraba encerrada,
por el ojo de la llave
al príncipe divisaba,
y de su arte y su brio
fue mariposa abrasada.
Abajóse, y por la puerta
una gatera se hallaba;
con disimulo sacó
una hermosa mano blanca,
empezando á descifrar
por letras sus esperanzas.
Hizo don Juan el reparo,
que se hallaba cara á cara,
fingiendo estar desmayado,
ó que accidente le daba:
todos se desatinaron,
teniéndolo por desgracia.
Volvió de aquel accidente
donde en el lecho descansa;
suspiros exhala al viento,
el uno al otro se alcanzan.
Don Juan á su casa vino
discurriendo forma y traza
para probar la pechuga
del ave napolitana.
Del platero se valió
diciéndole estas palabras:
cien doblones te daré
si me llevas esta carta
á casa de tu compadre,
y la entregas á una dama,
á una deidad, no la he visto,
solo sí su mano blanca;
yo muero y no sé por quién,
esta confusion me acaba,
esta esperanza me alienta,
este enigma me contrasta.
¿Has visto por dicha ó suerte,
esta que me roba el alma?
El platero le responde:
es una hermosa muchacha;
hija del compadre mio;
yo le llevaré la carta.
Dejemos en este estado
la relacion en sumaria,
que Pedro Salvador dice
quedará finalizada
del gran don Juan de la Tierra
la historia tan celebrada.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



DON JUAN DE LA TIERRA.

SEGUNDA PARTE.

Tomó la pluma don Juan,
y de esta suerte notaba:
«Desde el instante que vi
esa hermosa mano blanca,
quedé confuso, señora,
tan rendido y tan sin alma,
que aunque vivo, no estoy vivo
porque no vivo en tu gracia,
por lo cual yo te suplico,
si merezco dicha tanta
de ver esos dos luceros,
ó esa gracia estremada;
tendrás por esclavo á un hombre
que es gran príncipe de España,
y al recibir el favor,
te daré el premio y la paga
de mi real mano, y serás
la infanta mas celebrada,
y en tus escudos pondrás
Castillo y Leon por armas.
Guárdete el Cielo, señora,
y cumple mis esperanzas.»
El portador se partió,
dió en mano propia la carta,

rompió la nema y leyó,
y la respuesta notada
de la dama en esta forma
formalizó sin tardanza.
«El referir á su Alteza
soy mariposa abrazada,
por vida vuestra, que es
la verdad verificada.
La puerta de mi jardin
tendreis esta noche franca;
el portador guiará,
porque no ignora la entrada.»
Recibió el tal contenido,
fue generosa la paga;
y aquella próxima noche
de ropa corta se arma,
con su calada montera
y con su capa de grana,
tambien su par de pistolas,
para su defensa guarda.
Tocó del reloj las once,
y á la diligencia marcha.
Entró don Juan, y quedó
el otro de retaguardia.
Pasados los cumplimientos
que entre los amantes pasan,
disfrutó tiernas caricias
en alfombras de esmeraldas.
Pasados ya los seis meses,
cuenta á su amante le daba,
suplicándole amorosa
que se vinieran á España,
que se considera en cinta
y se siente embarazada.
El la respondió diciendo
que algo atrasado se halla,
que á su padre le robase
para el viaje que aguarda.
A su padre le quitó
cantidad de oro y plata,
y disponiendo el viaje,
que el dinero mucho alcanza,
una tenebrosa noche,
hasta la playa romana
un bergantin les condujo,
á donde hicieron parada;
hasta que yendo en camino,
muy claramente le habla,
diciendo que es labrador,
y no príncipe de España,
que el real anillo que vió,
se lo dieron, y esto basta.
En fin, se la trajo á Illescas,
á donde se desposaban,
y con el caudal compraron
gran número de labranza.
Dejemos á los amantes
con gran reposo en su casa.
Viendo pues, el mercader,
que la hija le faltaba
y el príncipe no parece,
previno pasar á España.
En breve tiempo en la Córte
estuvo, y haciendo arduas
diligencias con secreto,
á todos les preguntaba
por el príncipe don Juan,
hijo del cuarto monarca.
Le dicen pase á palacio,
que allí darán esperanzas.
Entró en fin, y preguntando
por la Magestad cesárea,
le dan el pase y subió.
Hizo las acostumbradas
cortesías que se deben,
diciéndole estas palabras:
de Nápoles he venido
solo á besar vuestras plantas,
y á suplicaros, señor,
el que justicia se haga

con quien me robó mi hija,
y se la ha traido á España.
A Nápoles fué, señor,
un hombre que se llamaba
Juan de la Tierra, y me dió
aquesta real alhaja,
y dijo que era hijo vuestro,
y en la dicha confianza,
para su adorno y decencia
le dí monedas y galas.
No siento, señor, la hacienda;
solo siento mi hija amada.
El gran Felipe acordóse
de aquella noche pasada,
cuando al soldado le dió
el anillo, y se separa
diciéndole, que volviese
al cabo de dos semanas.
El gran rey mandó llamar
á un capitan de sus guardias,
diciendo pasase á Illescas,
y diligencias se hagan
de un tal don Juan de la Tierra,
y que á palacio lo traigan.
Fue el capitan, y lo halló,
vino con su esposa amada.
Ante el rey los dos pusieron
á lo que dispone, y manda
que todos se retirasen;
con el soldado quedaba.
Juróle por su corona,
si la verdad no declara,
que tiene de castigarlo;
que quién le dió aquella alhaja
de aquel anillo real?
A lo que don Juan le habla,
diciéndole: «paseando
una cierta noche andaba
por la Córte, cuando oi
una voz muy delicada
de una dama que decia:
huya, huya, que lo matan.
Vide á cierto caballero
hecho un Marte en la campaña,
que de ocho se defendia
con española arrogancia.
A su lado me planté,
arranqué, señor, la espada,
quitándole algunas puntas,
porque grandes estocadas
le tiraban los traidores;
mas fue mi fortuna tanta,
que al caballero ni á mi
se nos agraviase en nada;
y agradecido, señor,
el referido me daba
unos doblones, y dióme
ese anillo que se enlaza
en vuestra mano real.
Me dijo á palacio vaya,
que él era el mayordomo,
y mire no haya falta.
Nunca me acordé de ir;
seguí á Nápoles la marcha,
señor, en mi regimiento,
donde he hallado dicha tanta,
que con decir yo que era
hijo vuestro (heróica hazaña)
y que tambien dí la muerte
á un hijo del duque de Alba,
engañando á un mercader,
saquéle su hija amada.
Paséme á España, señor,
con hacienda muy sobrada,
recibí del matrimonio
las ceremonias sagradas.
Aquí teneis mi cabeza,
y la verdad declarada.
Maravillado quedó
el rey viendo la sumaria.

del término de su vida,
y al mayordomo le manda
que lo mantenga en palacio.
Así estuvo dos semanas
hasta que el napolitano
la vuelta á palacio daba.
El rey le mandó que aguarde
hasta segunda ordenanza.
Mandó subiese don Juan
y venga su esposa, y traigan
una gala de la reina
para que fuese adornada.
Al soldado puso el rey
Toison y Llave dorada,
y un baston de general,
y que se sentasen manda.
Cubrió con unas cortinas
de tela muy realzada
sus personas, y dispuso
que al napolitano traigan.
El rey dice: ea, amigo,
ya el pájaro está en la jaula;
ya está preso el agresor,
la sentencia ha de ser dada
entre los dos; ¿qué os parece?
¿ha de ser hoy ó mañana?
Respondió el napolitano:
si á mi gusto ha de ser dada,
como parezca mi hija,
que no se le agravie en nada.
¿Qué, á tu enemigo perdonas?
Sí señor, porque me agrada
aquel arte y compostura,
y disposicion gallarda.
Corrió el rey las dos cortinas,
y de esta suerte le habla:
aqui está el grande don Juan,
mira aqui tu hija amada.
Levanta, gallardo jóven,
tres veces grande de España,
caballero del Toison,
señor de Llave dorada;
fiel defensor de la vida
del gran rey de las Españas.
Levanta, señor de Illescas
y de todas sus comarcas.
Ea, buen napolitano,
ya la sentencia está dada;
idos en paz, y de Himeneo
goceis delicias sobradas.
Besaron al rey la mano
por mercedes tan colmadas.
Los títulos le entregaron
en que hoy autorizada
se ve la casa del dicho,
en Illescas la nombrada.
Gozoso el napolitano
se ausentó para su patria,
á vender toda su hacienda,
y luego venirse á España.
Y Pedro Salvador pide
al auditorio las faltas
perdone, si es que las hay
en la historia declarada.

FIN.

Madrid: 1848.
Imprenta de D. José María Marés, Corredera de S. Pablo, núm. 27.